

El Tratado de la oración de san Nilo se halla dividido en muchos capítulos; pero tan cortos, que más bién pueden considerarse como apotegmas. Todos merecerían ser copiados íntegramente; pero como esto nos llevaría más allá de nuestro propósito, nos limitaremos á resumir los principales.

1° La oración, dice, es un coloquio de nuestra alma con Dios. Por lo tanto, debemos colocarnos en la disposición más conveniente para procurar esta elevación y establecer este santo coloquio, poniendo todos los medios para que no nos distraigan las cosas de la tierra, y manifestarle nuestros sentimientos.

2° Si Moisés, cuando pretendió acercarse á la zarza que ardia, recibió órden de quitarse el calzado, ¿ como podrá por medio de la oración acercarse á Dios, que se halla sobre todas las cosas sensibles, el que no haya rechazado de su espíritu todos los pensamientos que puedan alejarlo de él?

3° Pide al Señor lágrimas de compunción, que ablanden la dureza de tu corazón: hazle humilde confesión de tus pecados. Este es el medio de alcanzar su perdón. Comienza así la oración, y deja correr las lágrimas, si Dios te concede el dón de ellas; pues se complace mucho en vernos á sus pies, llenos de dolor. Sin embargo, si te se concede este don, guárdate de llenarte de orgullo y de creerte superior á los demas: pues convertirías en pasión un ejercicio que te se ha dado para vencer las pasiones, é irritarías á tu Bienhechor. Hay muchos que han caído en esta ilusión, y que se ocupan más de las lágrimas que derraman, que del motivo por el cual las derraman.

4° En el tiempo de la oración procura guardar una compostura grave y respetuosa, y fijar en Dios toda tu atención. Rechaza todo pensamiento que pueda distraerte, y que no haría otra cosa que turbarte.

5° Arroja de tu corazón toda aversión, todo resentimiento y todo recuerdo de injuria, si quieres hacer bién la oración. Ésta es fruto de la mansedumbre, que es incompatible con la cólera; su efecto es el gozo interior y la acción de gracias, que tampoco se avienen con la cólera. La oración no permite en el corazón la amarga tristeza que produce el resentimiento. Si quieres hacer bién la oración, renuncia á ti mismo, y aún cuando hayas tenido mucho que sufrir, sopórtalo con paciencia, para que puedas merecer que tu oración sea agradable al Señor. En el tiempo de la oración recogerás con ventaja los frutos de la paciencia que hayas practicado en tus penas y trabajos. Si sabes sufrir con sumisión, gustará tu alma en la oración el gozo del Señor.

6° No te contentes con tener en la oración el exterior compuesto y recogido; sino al mismo tiempo eleva tu alma á Dios con temor respetuoso. No ores por hábito; sino procura que tu espíritu y tu corazón sigan el sentido de la oración. Sucede con frecuencia que al principio de la oración estamos recogidos; pero al poco tiempo nos sentimos combatidos por las distracciones, lo cual permite Dios para que procuremos con mayor esfuerzo el recogimiento, y para que consideremos la oración como una gracia y un dón del cielo.

7° No pidas que te se conceda todo lo que desees; pues con frecuencia nuestros deseos son contrarios á la voluntad de Dios. Antes bién, pide siempre de la manera que nos ha enseñado Jesucristo, y dí á Dios: *Hágase tu voluntad*. Pón siempre esta condición en todo lo que pidas, pues Dios nunca quiere más que el bién de nuestras almas, mientras que nosotros no siempre pedimos lo que nos es más ventajoso. Tampoco pidas que inmediatamente te se conceda lo que desees: pues Dios tiene sus razones para no concederlo tan pronto, y quiere que lo alcances

con la perseverancia, la cual es también una gracia especial: pues ¿qué otro nombre merece el que estés más tiempo conversando con él?

8° Muchas veces la asistencia del Angel de nuestra guardia ahuyenta al demonio que quiere distraernos en la oración; pero otras veces es tan porfiado este enemigo que no nos deja respirar, sin embargo, no nos desanimemos: porque si somos constantes, triunfaremos de sus astucias.

9° No solamente debemos pedir la remisión de nuestros pecados, sino también la de nuestro prójimo; pues en esta oración de caridad imitaremos á los ángeles. Vayamos á la oración, pero no para ser vistos y estimados de los demás, sino para alabar y complacer á Dios.

10° Nada excita tanto la envidia del demonio contra el hombre como la santa oración; así es que contra ella emplea todos los artificios que su malicia le sugiere. Ocurre también que, cuando no ha podido conseguir impedir la, deja durante algún tiempo en paz al que la hace, pero bien pronto vuelve á la carga con nuevas tentaciones, ya procurando que se pierda el espíritu de oración, ya turbándola por todos los medios que están á su alcance. Así es que, cuando nos tienta con la gula, con la avaricia, con la cólera, con el resentimiento ó con otros vicios que turban el alma, lo hace con el fin de incapacitarnos para la oración. Ataca las diferentes potencias del alma, para que las pasiones, que él mismo despierta turben la razón, y la impidan elevarse á Dios. Puede, por lo tanto, decirse que la mayor parte de la guerra que nos hace es para privarnos de la oración.

11° Cuando se ama verdaderamente á Dios, se contrae un santo hábito de vivir en su presencia, y de conversar con él, de la misma manera que un hijo lo hace con su padre, y se procura arrojar del corazón todo aquello que

pueda impedir este santo ejercicio. Si queremos tener oración, es preciso que Dios nos conceda esta gracia, y por esta razón debemos implorarla, diciéndole: *Santificado sea él tu nombre: venga á nos él tu reino*: es decir, comunicadme vuestro divino espíritu. Para ello unamos nuestras oraciones á las de Jesucristo, su Hijo unigénito. Esto es lo que ha querido enseñarnos el Maestro celestial, cuando nos ordena que adoremos á su Padre en espíritu y en verdad¹.

12° Si queremos, alcanzar el espíritu de oración, preciso nos es quitar todos los obstáculos que lo impiden. Dios entónces se acercará á nosotros, y nosotros podremos elevarnos á él.

Cuando hagamos la oración, no nos representemos á Dios bajo una forma corporal² porque Dios, como espíritu purísimo, se halla muy por encima de la materia. El demonio se sirve muchas veces de estas imágenes, que representa especialmente en el tiempo de la oración, para distraernos y hacernos caer en ilusiones.

13° No debemos dudar que los ángeles buenos nos exhortan á orar, y oran con nosotros. Luego cuando nos entregamos con cierta flojedad á este santo ejercicio y nos dejamos llevar durante él de pensamientos vanos é inútiles, los indisponemos en contra de nosotros: pues ven que, mientras combaten en nuestro favor, y se interesan en beneficio nuestro, nosotros hacemos poco caso de su ministerio, despreciamos al Señor, y damos oídos á las sugerencias del demonio.

14° De la misma manera que el pan es el alimento de nuestro cuerpo, al que le dá vigor y fuerza, así la oración es el alimento y la fortaleza del alma. No imitemos la soberbia del fariseo en su oración, sino regulémosla por la

¹ Joan. iv.

² Habla contra los Antropomorfistas.

humildad del publicano, y alcanzaremos la misericordia del Señor. El recogimiento nos conduce á la oración; porque ésta es como su hija. Así como el órgano de la vista es el más perfecto de todos los sentidos, así el recogimiento es el medio más excelente para alcanzar las demás virtudes. No es preciso atender al tiempo que se ha invertido en la oración, sino si lo hemos invertido bien, pues el mismo Jesucristo nos dice, que, cuando oramos, no es preciso que hablemos mucho ¹. Por último, cuando experimentemos un santo gozo en hablar con Dios, es señal de que se nos ha concedido este dón precioso.

Habla también san Nilo en este tratado de los diferentes esfuerzos que hacen los demonios para impedir á los solitarios la oración, ó para distraerlos en ella. Unas veces producen grandes ruidos y alborotos: otras aparecen bajo diferentes figuras de bestias salvajes, y otras los azotan cruelmente. Cita entre otros ejemplos el de san Teodoro el Santificado, el del venerable Juan el Enano y de otros muchos, de que hemos hecho mención en sus correspondientes lugares. Podía también hablar por experiencia, pues, como ya hemos dicho, era cruelmente azotado por los espíritus de las tinieblas. Advierte también á los religiosos, que no deseen visiones ni apariciones de ángeles y de santos en sus oraciones, y que estén siempre en guardia, para que no les engañe el demonio, que suele tomar muchas veces las apariencias de ángel de luz para seducir mejor á los que no se cuidan de discernir los espíritus, y precipitarlos en el orgullo y en la ilusión.

Refiere de un solitario muy dado al santo ejercicio de la oración, que el demonio no hizo durante dos semanas más que tirarle pelotas, produciendo grande ruido, pero sin que

¹ Math. vi, 7.

un solo instante consiguiese distraerlo de su oración.

Dice también de otro gran siervo de Dios y hombre de oración, que, caminando un dia por el desierto, enteramente ocupado en Dios que era el único objeto de su amor, se le aparecieron dos ángeles haciéndole compañía, lo cual no bastó para separar su pensamiento de Dios.

Escribe, por último, estas hermosas palabras capaces de animar á las personas religiosas al recogimiento interior y á las demás virtudes propias de su estado, y que las disponen maravillosamente para adquirir el espíritu de oración. » ¡ Bienaventurada, dice, el alma que en la oración se eleva sobre todas las imágenes corporales para contemplar la belleza espiritual de Dios! ¡ Bienaventurada el alma que es fervorosa en la oración, y que la hace con espíritu de recogimiento, porque sentirá crecer más y más el deseo de Dios! ¡ Bienaventurada la que pierde en la oración el recuerdo de todas las cosas sensibles! ¡ Bienaventurada la que en la oración se desprende de todos los afectos de las cosas de la tierra, y se eleva á una verdadera pobreza de espíritu! »

San Nilo escribió un gran número de cartas, treinta y cinco de las cuales publicó primeramente el P. Poussin, tomándolas de la biblioteca de Florencia, y posteriormente Léon Allaci ha dado á luz un número más considerable de manuscritos de la biblioteca vaticana. Estas cartas contienen sentencias morales, instrucciones, exhortaciones y explicaciones, de los dogmas de nuestra santa religión ó de pasajes de la sagrada Escritura.

Hé aquí en resúmen lo que escribe á Tammasio, que habia renunciado al siglo para abrazar la vida ascética. « ¿ Qué esperais lejos del mundo y en el retiro? ¿ la paz del alma? ¿ Pretendeis estar exento de tentaciones, y de cruces y no tener que combatir contra los demonios? Contabais sin duda, que fuese así, y sin embargo, os veis

aflijido. No os dejeis abatir, sino cobrad ánimo: llevad vuestra cruz con paciencia y dulzura de espíritu: dad gracias al Señor; permaneced firme en vuestras resoluciones: perseverad en la piedad, en el ayuno y en la mortificación de los sentidos, y vereis como desaparece la tentación, y como el enemigo que ahora os atormenta concluye por ser atormentado con vuestra victoria y con su impotencia. Jamás debemos turbarnos por las tentaciones, y si Dios, á quién pedimos que nos libre de ellas, no nos oye tan pronto como deseamos, abandonémonos á su divina voluntad y entreguémonos en manos de su Providencia. Él sabe muy bién la hora y el momento en que debe hacerlas cesar, y entónces gustaremos con mayor gozo y reconocimiento la vuelta de la paz por que tanto habíamos suspirado. »

« El demonio, dice, en la misma carta, profesa una envidia extraordinaria á la tranquilidad de las almas puras, y hé aquí porque las tienta por todos los medios que están á su alcance para hacerlas sucumbir, pero no por esto debe decaer nuestro ánimo; por el contrario, cuanto mayores son los esfuerzos que hace para vencer, tanto más grandes debemos hacerlos nosotros para rechazarle, oponiendo á sus sugerencias la esperanza de la recompensa eterna que está reservada á los que han combatido. »

A un sacerdote, llamado Marino, que se habia encomendado á sus oraciones le dirige esta corrección: Quereis aprovechar el fruto de las oraciones de los siervos de Dios, ya sean clérigos, ya monjes. Les pedis á ellos cuentas sin considerar que Dios las exige también de vos, y os ha de juzgar por la observancia de su ley. Quereis ser oido tan luego como orais, y sois negligente en dar á Dios la obediencia que se le debe. Si os aplicaseis con actividad á cumplir su santa voluntad, escucharia favorablemente vuestras oraciones. Esta condición es muy equitativa. Sed sumiso á sus órdenes, y él os escuchará. Pero si continuais

siéndole infiel, hareis inútiles las oraciones que otros hagan en vuestro beneficio, por muy santos que sean. »

Dirigiéndose a Pablo, archimandrita, le dice: « No esperéis pasar los pocos dias de esta vida con entera seguridad y sin que os sobrevengan amarguras. Sólomente aquellos que son negligentes y perezosos, aquellos que miran con indiferencia los bienes de la vida futura, y que jamás piensan en ellos, son los que viven alegres y no sufren trabajos espirituales; pero nosotros que, por nuestra profesión, sostenemos constante lucha con los espíritus de las tinieblas, que tenemos un gran número de testigos y fiscalizadores de nuestras acciones, debemos consagrarnos á combatirlos desde el momento en que nos proponemos practicar la piedad. Preciso es, por lo tanto, resolvernos á comer nuestro pan y á beber nuestra agua, mezclados con lágrimas y dolor, y á luchar noche y dia contra nuestros enemigos. »

Un religioso, llamado Théon, queria retirarse solo á un desierto, sin haberse formado todavía en los deberes de la vida monástica, por cuya razon le escribe san Nilo: « Cuando se quiere entrar en los ejercicios y combates de la ciencia espiritual, es preciso haber habitado ántes en un monasterio en compañía de otros religiosos y no retirarse temerariamente, ó por capricho y pasajero entusiasmo á vivir solo en un desierto. El que obrase tan imprudentemente se expoudría al peligro de ser víctima de la malicia de los demonios, que nos rodean y persiguen por todas partes. Me direis tal vez, que quereis vivir solo para no hallaros expuesto á incomodaros con ninguna persona, pero yo comparo al que piensa así con las bestias irracionales que son apacibles y no se enfurecen sino cuando hay álguien que las excite; Porqué, pues, nos recomienda la Escritura que seamos caritativos los unos para con los otros; que seamos sumisos que miremos á los